

Alocución del Excmo. Sr. Salazar y Herrera en la Asamblea de apertura

Excelentísimo Señor: (1) Ilustrísimos representantes de las Diócesis de la República; Venerables Sacerdotes; Señores:

Recibid el solemne saludo de bienvenida que os hacemos, en nombre propio y en nombre del Clero y Pueblo católico de esta Arquidiócesis de Medellín. Que el tiempo que paséis en nuestra compañía sea agradable para vosotros, y que el fruto de estas asambleas que ahora iniciáis cedan en honor de la Iglesia, tranquilidad y paz efectiva del pueblo colombiano y sean prenda segura de la conservación e incremento de la verdadera civilización cristiana.

Permitid que presentemos nuestras más sinceras congratulaciones a los iniciadores de estas jornadas benéficas y trascendentales; al Excmo. Sr. Dr. Dn. Carlos Serena, Nuncio Apostólico, quien con tanto agrado y entusiasmo acogió el proyecto, y a los dos grupos directivos de las Universidades, Bolivariana de Medellín y Javeriana Pontificia de Bogotá, cuyos esfuerzos aunados formarán los cimientos de una fortaleza inexpugnable que levantaremos en defensa de la sociedad cristiana, cuya existencia se ve amenazada por las baterías formidables que los enemigos de Dios han levantado con los bloques helados de Rusia amasados con la sangre hispana, que es nuestra sangre, y las persecuciones y sufrimientos de nuestros hermanos de la república mejicana.

La cruzada que esta *Semana Social* encarna para nuestro Departamento de Antioquia, no es idea nuestra; desde la cumbre espiritual

(1) El Excmo. Sr. doctor don Miguel Angel Builes, Obispo de Santa Rosa de Osos.

del Vaticano se ha dejado oír la voz de alarma, y nosotros, como hijos fieles de la Iglesia Romana, escuchamos esta voz cuya autoridad nos está señalando el puesto que debemos ocupar en las falanges del catolicismo.

La jurisdicción de la Iglesia se extiende por todo el mundo y su duración ha de llegar hasta el fin de los siglos. Es ejercida por el Papa, en quien reside la fuente de todo poder en materias de fé y que, como Jefe Supremo de esta Iglesia, íntimamente unido a éllas, es el centro de todos sus Prelados y Doctores, y como órgano de las sentencias decretadas y aprobadas, es infalible. Ordinariamente manda sin apelación y su autoridad se manifiesta por la aceptación que de sus mandatos debe hacer todo el Universo que sigue las doctrinas de Cristo-Jesús.

Oíd lo que nos enseña acerca del inmenso peligro que corren nuestra fé y nuestra tranquilidad social, en la Encíclica *Divini Redemptoris*: "Ya en nuestra alocución de 12 de mayo del año pasado insistíamos sobre este punto, pero creemos necesario, venerables hermanos, llamar de nuevo y de manera particular vuestra atención sobre este punto. El comunismo en los principios se mostró tal cual era en toda su perversidad; pero bien pronto se apercibió de que procediendo así no podría ganar a los pueblos, y por eso ha cambiado de táctica, y procura hoy atraerse a las multitudes con varios engaños encubriendo astutamente sus verdaderos planes con el velo de ideas buenas y halagüeñas en sí.

Así, observando el común deseo de paz, los jefes del comunismo fingen ser los partidarios más celosos y los propagadores más sinceros del movimiento que tiene en mira la paz mundial; pero al mismo tiempo excitan a una lucha que hace correr ríos de sangre, y convencidos de que no les asiste la garantía interna y sólida de la paz, recurren a los armamentos ilimitados.

Por eso, debajo de diferentes nombres que ni siquiera aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que sirven únicamente para hacer penetrar sus ideas en ambientes que de otra manera se les mostrarían francamente contrarios; más aún, procuran con perfidia infiltrarse hasta en asociaciones católicas y religiosas.

En algunas partes, sin apartarse ni un sólo punto de sus perversos principios, invitan a los católicos a que trabajen en unión cordial y permanente con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo tal vez hasta cosas del todo conformes al espíritu cristiano y a las doctrinas de la Iglesia. En otras partes llevan su hipocresía hasta el extremo de hacer creer que el comunismo en los países de más arraigada fe o de mayor cultura, tomará actuaciones y aspectos más mode-

rados; que no impedirá la práctica del culto religioso, y que respetará fielmente el ejercicio de la libertad de las conciencias.

Y hasta hay algunos que, refiriéndose a ciertos cambios introducidos recientemente en la legislación soviética, pretenden sacar de eso la conclusión de que el comunismo ha resuelto prescindir en su programa de la lucha contra Dios.

Procurad, venerables hermanos, que los fieles no caigan en estos y otros parecidos engaños. El comunismo es, por virtud de su misma naturaleza, perverso, y no se puede admitir en ninguno de los campos su colaboración, por parte de aquellos que desean sinceramente salvar la civilización cristiana.

Y si algunos, víctimas ya del error, cooperasen a la victoria del comunismo en su país, serán los primeros en experimentar las consecuencias funestas de su error: y cuando los países donde el comunismo llegue a implantar su imperio, se distinguen más por la antigüedad y grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador será allí el odio de los sin Dios".

Cuando el experto Capitán que dirige las fuerzas militantes de la Iglesia habla de esta manera, a nosotros, que somos sus hijos fieles, nos toca estudiar los mejores métodos para cumplir nuestro deber; y ese será el objeto de nuestro esfuerzo durante esta semana social.

Ya tenemos en nuestra mano la aprobación de nuestros designios, y la bendición que el Excelso Pontífice nos envía desde la Ciudad de las Siete Colinas y que asegura el éxito de nuestras labores.

Al declarar abiertas las jornadas de la *Semana Social* pedimos al Espíritu Santo, que dirige los destinos de la Santa Iglesia, ilumine los entendimientos y mueva las voluntades de quienes han de tomar parte en estos torneos de ciencia cristiana y dirija todo a la mayor honra y gloria del Señor a quien servimos.

Carlos Marx en el manifiesto en que desahogó todo su odio contra la burguesía y el orden social, terminaba con esta frase final: "Proletarios de todos los países, uníos". Al rededor de esta frase se congregaron todos los grupos de obreros que formaron la primera Internacional.

Hoy quisiéramos que nuestra voz, traspasando los límites de nuestras montañas de Antioquia, llegara a todos los obreros de Colombia, que incorporados por el Santo Bautismo a la Iglesia de Dios comen el pan cotidiano amasado con el sudor de su frente, en el campo, en la fábrica o en la empresa pública, para decirles con toda la fuerza de nuestros pulmones, poniéndoles delante la sapientísima carta de Nuestro Santísimo Padre Pío XI estas palabras: Acudid trabajadores de todas las latitudes, uníos en un sólo corazón y en una sola alma a la sombra bendita de la Cruz de Jesucristo, "*In quo est salus, vita et re-*

surrectio nostra"; en quien están la salud, la vida y la resurrección nuestra.

Oíd al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo: "Una palabra singularmente paternal quisiéramos dirigir a nuestros queridos obreros católicos, jóvenes y adultos, quienes en premio, quizá de su fidelidad tal vez heroica en estos tiempos tan difíciles, han recibido una misión muy noble y muy ardua. Bajo la dirección de sus obispos y de sus sacerdotes deben atraer a la Iglesia y a Dios aquellas inmensas muchedumbres de sus hermanos de trabajo, los cuales exacerbados por que no fueron comprendidos o tratados con la dignidad a la cual tenían derecho, se han alejado de Dios. Los obreros católicos muestren con su ejemplo y con sus palabras a sus hermanos extraviados, que la Iglesia es Madre muy tierna para todos aquellos que trabajan y sufren y que nunca ha faltado ni faltará jamás a la maternal obligación de proteger a sus hijos. Y esta misión que ellos deben cumplir en las minas, en las fábricas, en las canteras, en dondequiera que trabajen reclama de ellos a su turno grandes sacrificios. Recuerden que el Salvador del mundo les dió no solo el ejemplo del trabajo, sino también el del sacrificio".

Acatemos la voz del Pontífice y coloquemos nuestras labores a los pies de Nuestro Señor Jesucristo en quien está la esperanza de la paz cristiana.
